

LOURDES PÉREZ



LA CLAVE

2001

La amenaza de atentar contra España se fragua en una cumbre tribal en Pakistán.

Bin Laden había colocado al país en su diana por su implicación en las guerras de Afganistán e Irak tras el 11-S

LA MUERTE SE INSTALA EN LAS VÍAS

Los equipos de emergencia rescatan cuerpos entre el amasijo de hierros en que quedó convertido el cercanías 21431 a las 7.37 horas de aquel 11 de marzo, cuando tres explosiones destriparon otros tantos vagones en Atocha. En apenas un minuto, dos bombas más explotaron en el tren 21435 en El Pozo y otra en la Estación de Santa Eugenia. Segundos más tarde, cuatro artefactos acabaron con la unidad 17305 en la calle de Téllez, 500 metros antes de entrar en la estación de Atocha.

Patricia, solo siete meses asomada a la vida, pelo pajizo, ojos azules, una pulserita de oro con su nombre anudándole la muñeca, espera junto a sus padres, Jolanta y Wiesław, a que el tren de todas las mañanas entre en la estación de Asamblea de Madrid-Entrevías. La luz de la mañana aún invernal apenas despunta este 11 de marzo anodino, rutinario, común en los gestos de complicidad que la pareja de inmigrantes polacos intercambia, con sus esperanzas enlazadas a esta ciudad de acogida y promesas, antes de echar a andar el día que tienen por delante. Un día como tantos otros, con sus cuitas cotidianas, con las inquietudes y los besos que casi nunca llega a presentirse que serán los últimos. Otros 189 viajeros, como la pequeña Patricia y sus progenitores, se aprestan a esta tempranera hora, en la que la neblina del sueño aún adormece el ánimo, a subirse a los vagones que surcan el corredor del Henares sin la punzada instintiva de que ya no habrá más trayectos. Gentes sencillas que van al trabajo, a estudiar, quizá de vuelta a casa cuando los demás madrugan. Las gentes de Vallecas. De Entrevías y de Santa Eugenia. Las gentes del Pozo del Tío Raimundo, curtido por todas las humildes batallas libradas para escapar de la penuria. Es fácil matar a quienes solo cogen un tren, desprotegidos, para ganarse la vida.

Ninguna de esas 192 personas puede llegar a intuir que junto a ellas se desplazan los asesinos, sus nueve asesinos, camuflados entre los rostros anónimos; las mochilas con su cargamento de muerte –varios kilos de Goma 2 Eco reforzados con metralla, detonadores y móviles cuya alarma hace las veces de temporizador– a los hombros de cuerpos que han perdido el alma a cambio de una fantasiosa inmortalidad en nombre de Alá. Los viajeros inocentes, vulnerables, golpeados en masa y al azar para recrear el infierno en la tierra, avanzan hacia su final sin sospechar que el sobrecogedor desenlace llevan tiempo escribiéndolo un tal Jamal Zougam, el gerente marroquí de una tienda de telefonía en Lavapiés al que la Policía ya ha tenido en su punto de mira, y sus compinches fanatizados en la Yihad. Que los explosivos se los ha facilitado, saqueando la Mina Conchita en Asturias, José Emilio Suárez Trashorras, alguien que conoce la cantera y también cuál va a ser el mortífero destino de las cargas; un diablo de poca monta con desórdenes psíquicos por las drogas reconvertido en delincuente y confidente policial. Que la amenaza de atentar contra España, la ensoñación de Al-Andalus, se ha fraguado en una cumbre tribal en 2001 en Pakistán, dos años antes de que el demonio global, Osama Bin Laden, coloque en su diana al país por la implicación en las guerras de Afganistán e Irak tras el 11-S, sancionada por aquella foto que retrata al presidente del Gobierno, José María Aznar, en las Azores junto a George Bush hijo y Tony Blair.

Pero esta mañana del marzo madrileño los viajeros, salvo los asesinos, no tienen por qué acordarse de que son objetivos potenciales del islamismo más radicalizado que ha impreso

cicatrices de martirio en lugares distantes del planeta. Lugares muy alejados de los vagones de Cercanías de Renfe que se acercan al corazón de Madrid con su traqueteo incesante de idas y venidas. Hace un rato, poco después de las siete de la mañana, los testigos que aún no saben que tendrán que serlo se cruzan, despreocupados, con al menos un par de hombres que entran y salen del tren en Alcalá de Henares portando sus mochilas del horror.

El cercanías 21431 en que se desplazan Patricia, su madre y su padre se acomoda, pere-zoso, en la vía 2 de Atocha. El reloj se ha detenido a las 7.37. Y con él, la vida.

Tres explosiones en el suspiro de un minuto destripan otros tantos vagones con una violencia tan devastadora e incontrolable que los coches que circulan en torno a la arteria ferroviaria botan sobre el asfalto. «Me voy a rezar», musita una abuela de cuatro nietos a la que los bombazos sorprenden en las inmediaciones del apeadero. ¿Pero qué hacer cuando Dios, cualquier dios, ha borrado la piedad, la humanidad más esencial, en esos trenes transmutados en ataúdes para los cadáveres desmembrados en un instante, de los que los supervivientes intentan huir a la desesperada, impelidos por el pánico, rompiendo las ventanas, en los que se pierde el respeto a los muertos para poder salvar a los que aún respiran? Entre la marabunta de zombis ensangrentados, bajo el ulular de los móviles ya sin dueño, un chaval, un residente de Pediatría del hospital Doce de Octubre, encuentra entre los escombros achatarrados a Patricia, la niña rubia con su pulserita dorada, apenas siete meses asomada a la vida que los terroristas han querido hurtarle aplastándole el pecho y ennegreciéndole los pulmones. La pulsión por vivir ensaya el milagro en este andén en el que un pediatra en formación vuela para que esa bebé no se le vaya para siempre.

Y, pese a todo, hay que agradecer su clemencia a la suerte. Los artificieros detonan una cuarta mochila que no ha llegado a explotar. A unos centenares de metros, en la vía paralela de la calle Téllez, otras cuatro bombas reventan la unidad 17305 y extienden los eslabones del terror en una cadena insoportable. El tren se ha aproximado al hormiguero de Atocha con un par de minutos de retraso. Cien-to veinte segundos molestos cuando se tiene prisa, pero salvadores para tantos porque esa dilación impide que los vagones exploten en plena estación y desaten un apocalipsis de derrumbes y espanto.

Median solo tres minutos entre los estallidos que inundan de muerte Atocha. En medio, casi simultáneos, otro artefacto enluta el cercanías 21713 en Santa Eugenia y otros dos el 21435 en el Pozo del Tío Raimundo cuajado aún de infraviviendas. Paqui, enfermera, se evade de la siembra de cadáveres socorriendo a todo aquel que conserva un hálito de vida. El policía Isidoro Zamorano, bregado en el Norte y que acaba de dejar a sus tres hijos en clase, se adentra en el averno intuyendo la tragedia, sumergido en «un olor raro, a pólvora, a mala cosa».

Y aún así, de nuevo pese a todo el calvario que lacera las entrañas, la suerte deja otro rastro de misericordia. La cuarta